

Para completar el trabajo de investigación, Leal suministra una copiosa bibliografía de las obras de Azuela, incluyendo hasta los fragmentos y traducciones que de ellas se han publicado en el mundo entero. Hay, además, una nómina exhaustiva de los numerosos artículos críticos y obras generales en que se consultan aspectos parciales o panorámicos de la producción de don Mariano.

La obra de Luis Leal, completísima, casi definitiva y de indiscutible mérito, ha de pasar a la historia de las letras americanas como un ejemplo de laboriosidad y método. No es difícil notar el cariño con que este erudito ha realizado su trabajo, si bien, al mismo tiempo, hay que confesar la serena y honrada imparcialidad con que ha procedido a enfocar la obra de su compatriota. No vacila en destacar los méritos ni teme tachar los defectos, porque siempre lo hace apoyado en la firmeza y solidez de su abundante documentación y completo conocimiento de la materia que trata. Nada hay de rebuscado en la erudita exposición de este investigador. La llaneza de su prosa va hermanada con la sencillez del plan, cualidades que permiten apreciar con mayor exactitud y claridad la grandeza y las debilidades de Azuela como hombre y como literato.

Homero Castillo.

<https://doi.org/10.29393/At394-137NSTM10137>

Niños en Soledad, de GABRIELA YÁÑEZ DE FIGUEROA.
Editorial del Nuevo Extremo, 1961

Acabo de leer las doscientas sesenta páginas de esta obra, debida a la señora Gabriela Yáñez de Figueroa, y me siento obligado a comenzar estas líneas declarando que al escribirla su autora ha prestado un servicio eminente a la educación chilena —hoy tan desvirtuada—, dando prueba de una extraordinaria expedición en tan complejas materias, resultado de una dilatada labor en ellas, de profundos estudios y de una directa observación de los fenómenos de la psicología estudiantil.

Constituye, igualmente, un acierto que tales experiencias puedan ser conocidas por todos aquellos que tienen un positivo interés en el normal desenvolvimiento de la instrucción nacional, y también por los que tienen responsabilidades en ese campo, tan importante, a través de la palabra autorizada de una de nuestras educacionistas más distinguidas. La señora Yáñez de Figueroa ha dirigido, durante varios lustros, el colegio "La Maisonette" y, en términos absolutos, ha consagrado su existencia a la enseñanza de la juventud, por las sendas más convenientes para su desarrollo moral e intelectual. Para quienes conocen su labor docente, este libro no constituirá ninguna sorpresa, mas para aquellos que sólo por referencias se habían impuesto de ella, será la demostración más categórica de eficiencia y capacidad.

Pero ¿sobre qué versa *Niños en Soledad*? Su título lo indica claramente: se trata de un conjunto de casos que la señora Yáñez de Figueroa debió resolver, prevenientes de las aulas a su cargo, algunos en verdad dramáticos por el ambiente y los protagonistas que los caracterizaron. Pero todos los

problemas derivaban de la soledad en que vivían los niños y adolescentes en referencia.

El hombre —escribió Aristóteles— es un ser sociable por naturaleza y no puede desempeñar el papel a que está destinado en el mundo si a su alrededor no tiene a otros individuos de la especie humana. Para encontrarlo aislado hay que recurrir a la fantasía de los novelistas (Robinson Crusoe).

Abstrayendo la concepción aristotélica y aplicándola a la mentalidad del educando, cabe señalar que la soledad puede causar un desequilibrio psíquico, en caso de darse sin atenuantes de ninguna especie, tanto que puede derivar en funestas consecuencias, lesionando la mente y la inteligencia. ¿A qué razones se debe la soledad en los niños?¹ Entre las más importantes, cabría notar la inadaptación ambiental —pasando de uno a otro sin reparar en las diferencias existentes—; el carácter de los padres, hermanos y personas vecinas a su intimidad; el propio carácter del niño y del adolescente, a veces tímido y retraído; la influencia que pueda tener un acto, una reprimenda o una comparación desafortunada. Y de cualquiera de estos factores puede depender el destino de toda una existencia, o, por lo menos, de una parte sustancial de ella.

Respecto de la convivencia estudiantil escribí, en otra ocasión: “Existen personas que parecen o simulan estar alejadas de la fraternidad escolar, sin guardar relaciones siquiera aparentes con ella, aunque en su interior, abandonando el aire peculiar de que se rodean, harían lo indecible para que se les considere como integrantes y no como disidentes. Sus actitudes las perjudican, pero reinciden; no echan nunca pie atrás y así la maledicencia los persigue y forja a su alrededor leyendas perjudiciales. Pero, realmente, no hacen nada por impedirlos”.

Leo en la obra de la señora Yáñez de Figueroa: “Nunca formaré parte de esos grupos; no sé tener amigos; soy sola, diferente. Creo que prefiero serlo antes de caer en esa mediocridad” (pág. 235). Confieso mi estupefacción. ¿Considera quien eso manifestó que tomar contacto con seres comunes y corrientes, compartir con ellos esperanzas y desesperanzas, seguir el curso de la vida que muchas veces tiene puntos comunes, es mediocridad? Una persona con sentido común cree —y no sin razón— que tal declaración es una pedantería y una ridiculez, porque nadie puede aislarse con el pretexto de no encontrar similitud en algunos aspectos con otros integrantes de la colectividad; que la convivencia exige muchas veces imitar y no ser imitado, darse a los demás antes de recibir lo que deseen brindarle.

También la predicción de un futuro desolador se advierte muy próxima, si no se cambia de criterio. Pocos sostendrán que ese proceder concede un sello de originalidad, porque son escasos los que piensan en la conveniencia de no ostentar características similares con el común de los mortales, viviéndose en una época que precisa —por muchos conceptos— de la integración

¹Acerca de este mismo fenómeno Alone ha escrito: “Me gusta la soledad siempre que haya alguien cer-

ca para decírselo”, frase, a mi entender, maestra.

de los hombres. No se confunda, eso sí, que se discrepe de planteamientos de dudosa procedencia e incierta utilidad y con la necesidad imperiosa que resalten valores dentro de la sociedad —constituyendo la aristocracia—, cuya tarea específica es conducirla a sitios de preeminencia, con la posición asumida por algunos que anhelan distanciarse de los grupos sociales, ya conformados, deseosos de “vivir su vida” —concepto existencialista— cuando en realidad se les considera como desambientados o inadaptados, dentro de la terminología pedagógica.

Todos los apuntes psicológicos, como los denomina Gabriela Yáñez de Figueroa, están impregnados de vívida emoción, pues en todos ellos aportó una palabra, un consejo o procedió a ejecutar la acción que convenía para arrancar a los menudos actores de la postración intelectual en que se encontraban y conducirlos a caminos más hollados y menos tortuosos. La autora de estos magníficos cuadros reales expresa que “sus evocaciones parecen encarnarse en una sola, el niño y la adolescente de todos los tiempos”, porque en ambos la problemática de la vida encuentra matices particularísimos, que deben ser apreciados en toda su magnitud y resolver los problemas inherentes a ellos con la mayor comprensión posible. Especialmente dignos de mención encuentro el caso intitulado “Papá”, descrito con rasgos firmes y severos, que cubre “la vulgaridad de la vida social adolescente, ocultando sus valores reales bajo tonterías estereotipadas”², como asimismo el simpático relato “Los doce años”, en que la niña objeto de él, se libera de influencias un tanto perjudiciales sobre su carácter y se integra al ritmo normal, dada una feliz e inesperada circunstancia.

La juventud de hoy día, aunque manifiesta cierta indiferencia marcada por los valores espirituales, agrega Gabriela Yáñez de Figueroa, “por no parecer demasiado trémula y sola, ríe y ríe a carcajadas. Juventud deseosa de hacer algo más noble de la vida, que no se decide a aceptar lo que la fría realidad le tira muchas veces a la cara. No es fría ni irresponsable, hay en ella hondas ansias idealistas, que a veces, por no encontrar salida ni forma, se disfrazan de gestos irreflexivos y un poco absurdos”, concepto que suscribo en todas sus partes.

En medio de esa juventud se atisban integrantes de sus falanges que presentan en el campo psicológico y educacional rasgos que les impide ser felices y los diferencia del resto. Son los *Niños en Soledad*, a los que se debe persuadir de tal comportamiento, buscando las razones que lo motivaron y haciéndoles partícipes de una realidad común. Gabriela Yáñez de Figueroa da una clave para ello.

Yo —personalmente— saludo esta obra, que resume años de experiencias notables, como una trascendental aportación al descubrimiento de la verdadera faz de la educación chilena y de sus efectivos y abnegados impulsores, que la han dignificado de modo invariable, dadas las muy altas y especiales condiciones de que están investidos para lograr tan encomiables fines.

Tomás P. Mac Hale.

²Expresión de José Donoso: *Coronación*, pág. 218.